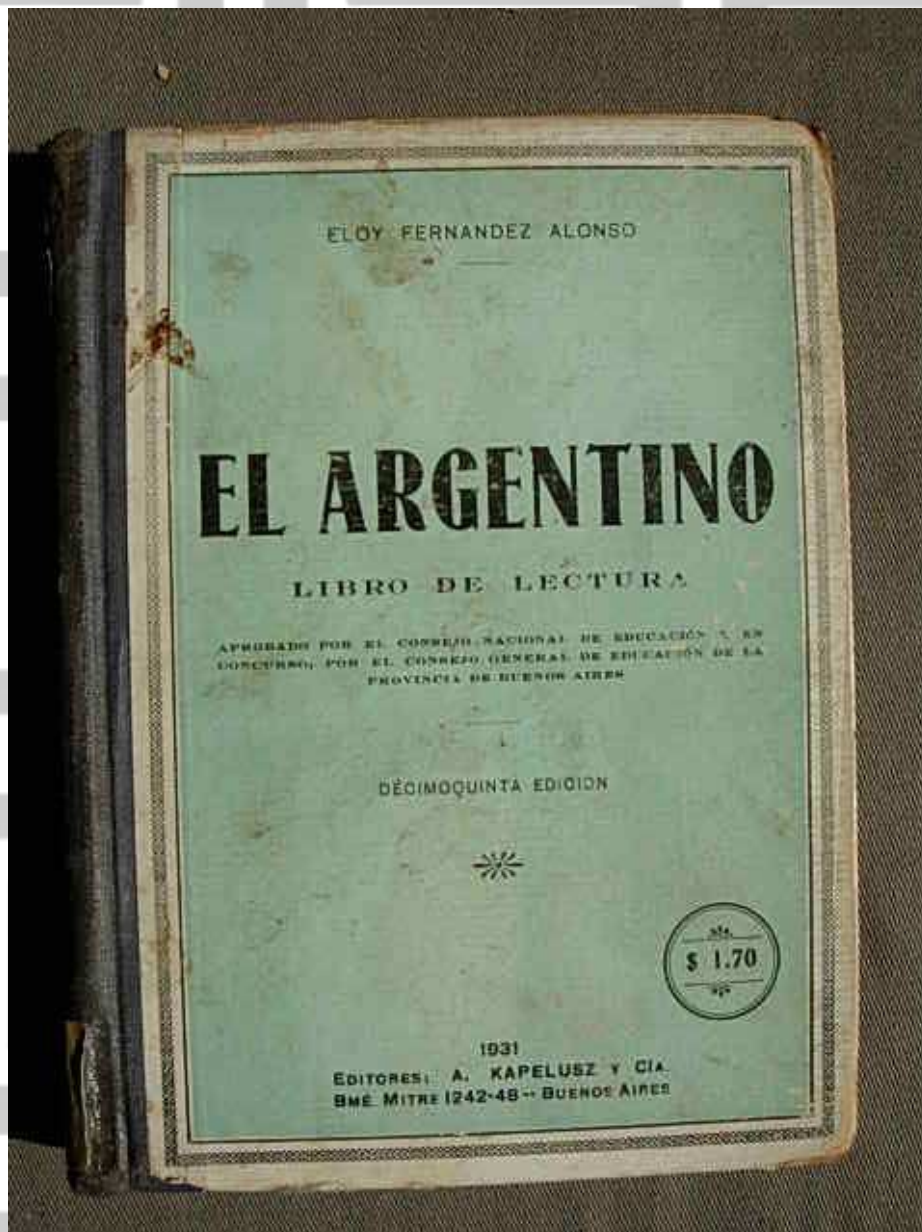


BIBLIOTECA VIRTUAL DE LA CÁTEDRA HISTORIA DE LA EDUCACIÓN ARGENTINA

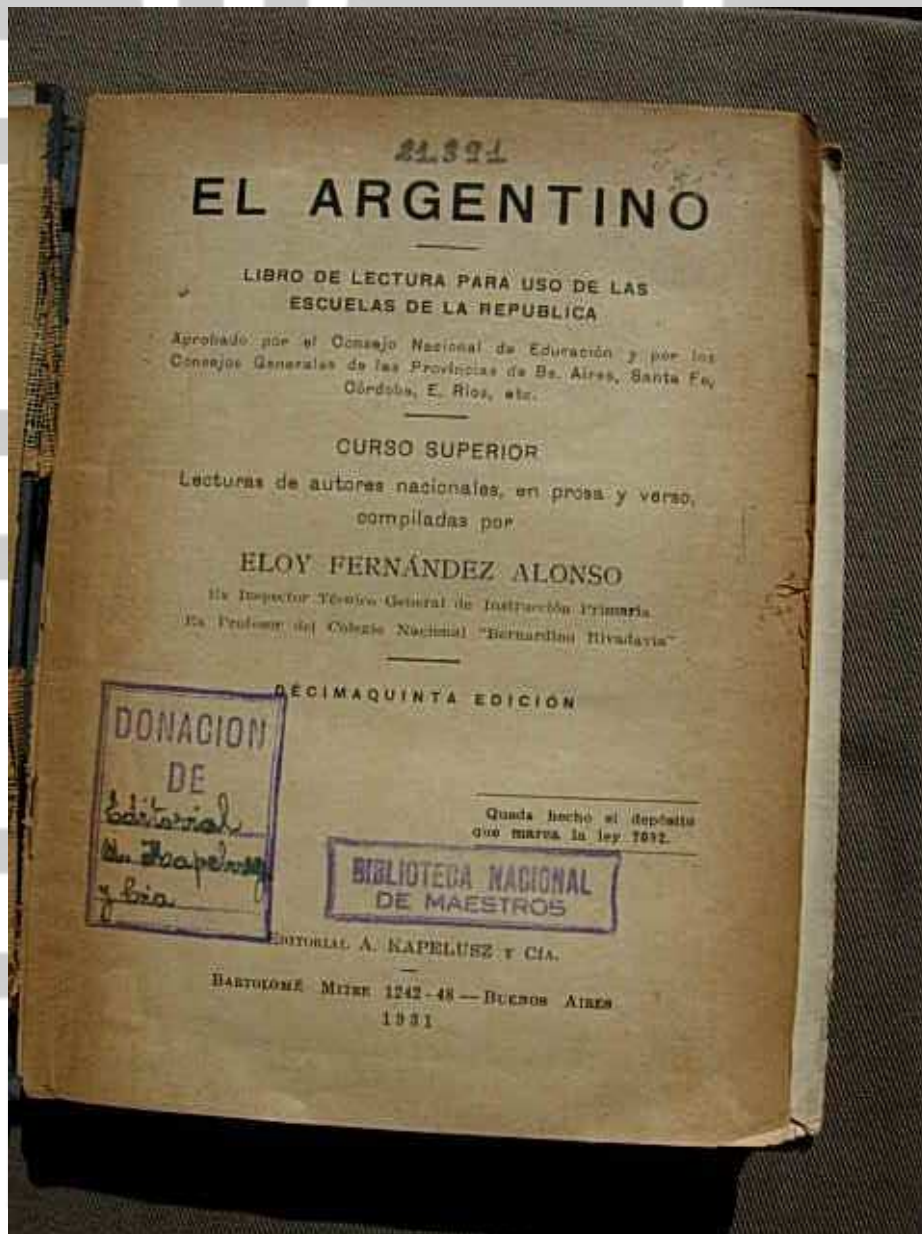
Permitida la reproducción citando la fuente.

Teresa Artieda (dir.) – UNNE – Argentina – 2007.

Digitalización: Lecko A. Zamora, del pueblo wichi.



BIBLIOTECA VIRTUAL DE LA CÁTEDRA HISTORIA DE
LA EDUCACIÓN ARGENTINA



BIBLIOTECA VIRTUAL DE LA CÁTEDRA HISTORIA DE LA EDUCACIÓN ARGENTINA

— 12 —

no el hombre de Terencio; que nada humano le es indiferente.

La lectura fecunda el corazón, dando intensidad, calor y expansión a los sentimientos. Los egoístas no practican por lo general la lectura, porque pasan absortos en la árida contemplación de sus intereses personales. No sienten la necesidad de salir de sí mismos y estrecharse con los demás.

Las personas indolentes no leen; pero, ¿qué son el ocio y la indolencia, sino las formas plásticas del egoísmo?

La naturaleza es pródiga en sorprendentes escenas, en maravillosos espectáculos, que el hombre sedentario apenas conoce, y que los viajeros contemplan con estéril admiración. Los placeres sociales encantan al hombre; pero no siempre vienen a su encuentro ni dependen de su voluntad. Entretanto, los placeres que proporciona la lectura son de todo tiempo y de cualquier lugar, y son los únicos que puede renovar a su albedrío.

El libro es enseñanza y ejemplo. — Es luz y revelación. — Fortalece las esperanzas que ya se disipaban; sostiene y dirige las vocaciones nacientes que buscan su camino al través de las sombras del espíritu o de las dificultades de la vida. El joven oscuro puede ascender hasta el renombre imperecedero, conducido como Franklin por la lectura solitaria.

El libro da a cada uno testimonio de su vida íntima. Es el confidente de las emociones inefables, de aquellas que el hombre ha acariciado en la soledad del pensamiento y más cerca de su corazón. Así, la lectura del libro que nos ayudó a pensar, a querer, a soñar en días felices, es el conjunto de sus bellas visiones desvanecidas por siempre en el pasado.

Cuando puedo sustraerme a lo que me rodea, y releo mis antiguos libros, parece que se renueva mi ser

— 13 —

Vuelvo a ser joven. — Lo que pasó está presente; y creo por un momento que puedo envolverme de nuevo en la suave corriente de los sueños desvanecidos, cuando repitiendo con acento enternecido el verso de Lantini o de Virgilio, los llamo y los nombro con las voces de mi antiguo cariño.

Enseñemos a leer y aprender. El alfabeto que delecta el niño es el vínculo viviente en la tradición del espíritu humano, puesto que le da la clave del libro que lo asocia a la vida universal. Leamos para ser mejores cultivando los nobles sentimientos, ilustrando la ignorancia y corrigiendo nuestros errores, antes que vayamos con perjuicio nuestro y de los otros a convertirnos en nuevos actos.

NICOLÁS AVELLANEDA.

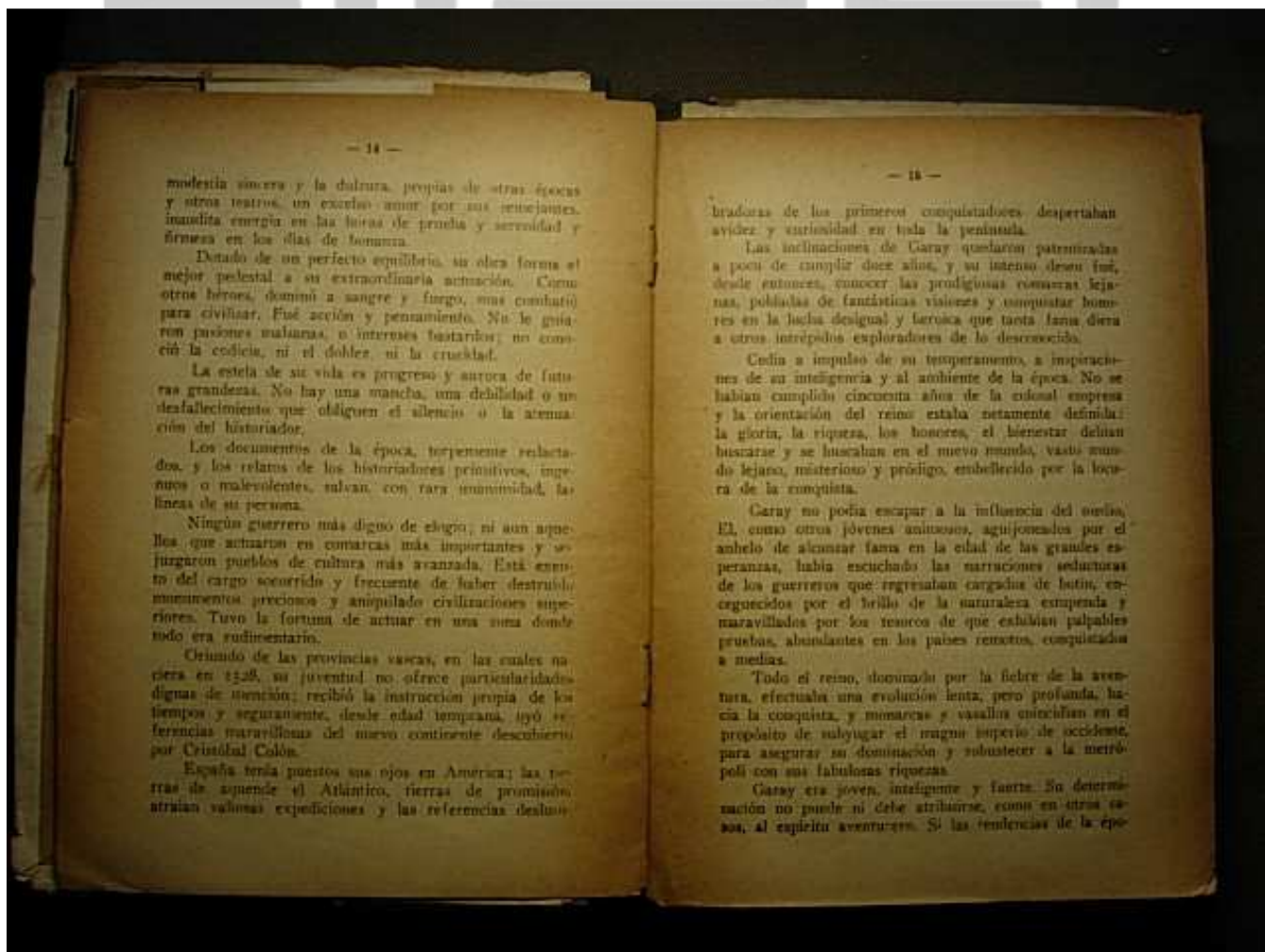
De "*Escritos Literarios*".

GARAY

Noble, generoso, audaz, valiente y desinteresado, su figura destaca vigorosamente y su nombre se impone a la inmortalidad, acentuado por méritos y virtudes que exaltarían su efígie en todos los tiempos y en las más trascendentales situaciones históricas de la humanidad.

Fue superior a su tiempo. Tuvo, como todos los conquistadores españoles, el temerario arrojo, la proverbial hidalguía, el desprecio de la vida y la sublime ambición de la gloria; pero tuvo, por sobre todo ello, la intachable hombría de bien, la honradez acrisolada, la

BIBLIOTECA VIRTUAL DE LA CÁTEDRA HISTORIA DE LA EDUCACIÓN ARGENTINA



— 14 —
modestia sincera y la dulzura, propias de otras épocas y otros reinos, un exacto amor por sus semejantes, inaudita energía en las horas de prueba y seriedad y firmeza en los días de bonanza.

Dotado de un perfecto equilibrio, su obra forma el mejor pedestal a su extraordinaria actuación. Como otros héroes, dominó a sangre y fuego, mas combatió para civilizar. Fue acción y pensamiento. No le guiaron pasiones malvadas, o intereses bastardos; no conoció la codicia, ni el dolo, ni la crueldad.

La estela de su vida es progreso y aurea de futuras grandezas. No hay una mancha, una debilidad o un desfallecimiento que obliguen el silencio o la atenuación del historiador.

Los documentos de la época, torpemente reelaborados, y los relatos de los historiadores primitivos, ingenuos o malevolentes, salvan, con rara inimitabilidad, las líneas de su persona.

Ningún guerrero más digno de elogio, ni aun aquellos que actuaron en comarcas más importantes y se juzgaron pueblos de cultura más avanzada. Está exento del cargo socorrido y frecuente de haber destruido monumentos preciosos y aniquilado civilizaciones superiores. Tuvo la fortuna de actuar en una zona donde todo era rudimentario.

Orlando de las provincias vascas, en las cuales nació en 1528, su juventud no ofrece particularidades dignas de mención; recibió la instrucción propia de los tiempos y seguramente, desde edad temprana, oyó referencias maravillosas del nuevo continente descubierto por Cristóbal Colón.

España tenía puestos sus ojos en América; las tierras al occidente del Atlántico, tierras de promisión, atraían valiosas expediciones y las referencias desluc-

— 15 —
bradas de los primeros conquistadores despertaban avidez y curiosidad en toda la península.

Las inclinaciones de Garay quedaron patrimonializadas a poco de cumplir diez años, y su intenso deseo fue, desde entonces, conocer las prodigiosas comarcas lejanas, pobladas de fantásticas visiones y conquistar hombres en la lucha desigual y heroica que tanta fama dió a otros intrépidos exploradores de lo desconocido.

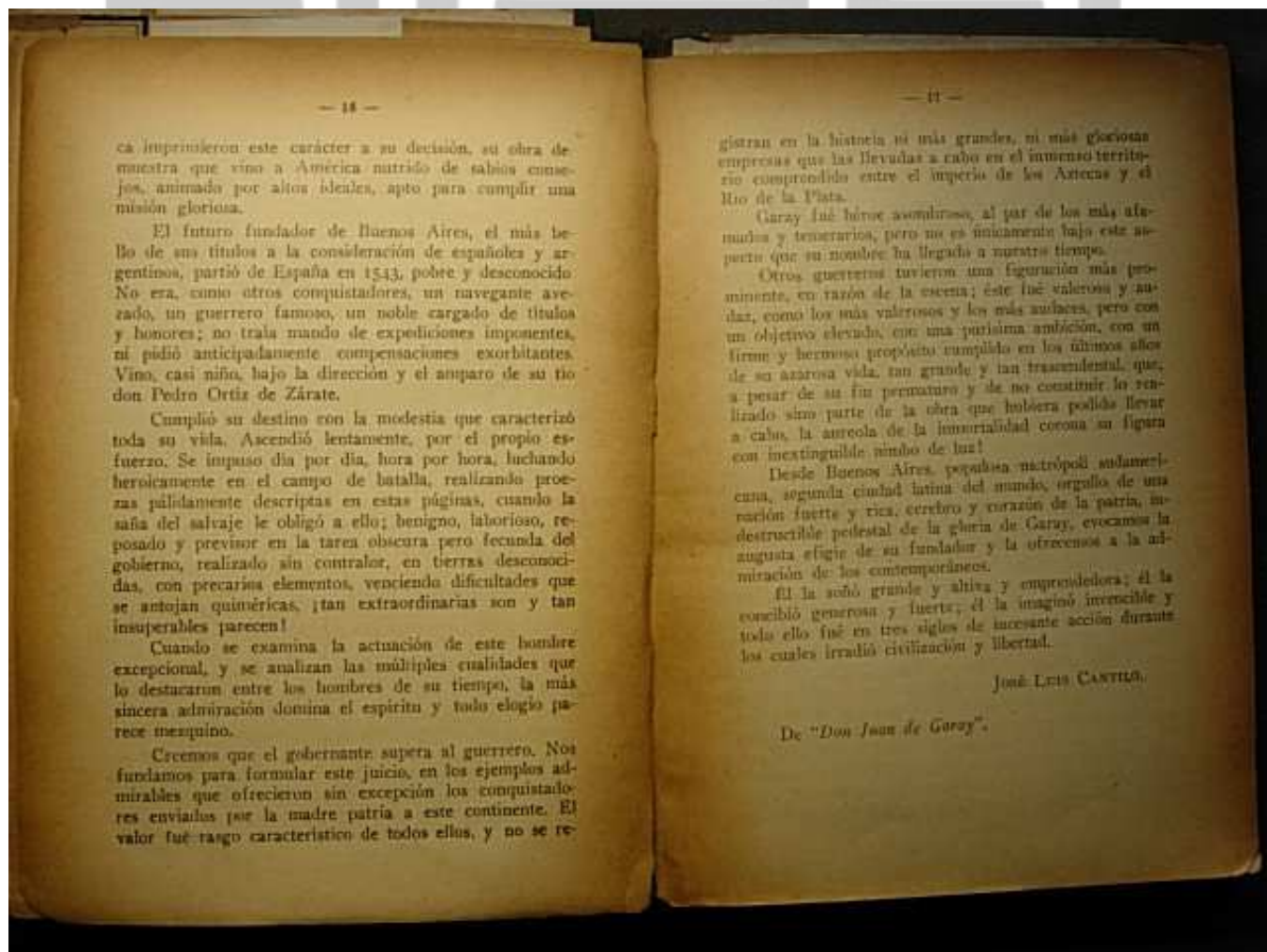
Cedió a impulso de su temperamento, a inspiraciones de su inteligencia y al ambiente de la época. No se habían cumplido cincuenta años de la audaz empresa y la orientación del reino estaba netamente definida: la gloria, la riqueza, los honores, el bienestar debían buscarse y se buscaban en el nuevo mundo, vasto mundo lejano, misterioso y prodigo, embellecido por la locura de la conquista.

Garay no podía escapar a la influencia del mundo. El, como otros jóvenes ansiosos, aguijonados por el anhelo de alcanzar fama en la edad de las grandes esperanzas, había escuchado las narraciones seductoras de los guerreros que regresaban cargados de botín, entrecogidos por el brillo de la naturaleza extensa y maravillados por los tesoros de que exhibían palpables pruebas, abundantes en los países remotos, conquistados a medias.

Todo el reino, dominado por la fiebre de la aventura, efectuaba una evolución lenta, pero profunda, hacia la conquista, y monarcas y vasallos concibían en el propósito de subyugar el magnifico imperio de occidente, para asegurar su dominación y subsistir a la metrópoli con sus fabulosas riquezas.

Garay era joven, inteligente y fuerte. Su determinación no puede ni debe atribuirse, como en otros casos, al espíritu aventurero. Si las tendencias de la épo-

BIBLIOTECA VIRTUAL DE LA CÁTEDRA HISTORIA DE LA EDUCACIÓN ARGENTINA



ca imprimieron este carácter a su decisión, su obra demuestra que vino a América nutrido de sabios consejos, animado por altos ideales, apto para cumplir una misión gloriosa.

El futuro fundador de Buenos Aires, el más bello de sus títulos a la consideración de españoles y argentinos, partió de España en 1533, pobre y desconocido. No era, como otros conquistadores, un navegante avezado, un guerrero famoso, un noble cargado de títulos y honores; no traía mando de expediciones imponentes, ni pidió anticipadamente compensaciones exorbitantes. Vino, casi niño, bajo la dirección y el amparo de su tío don Pedro Ortiz de Zárate.

Cumplió su destino con la modestia que caracterizó toda su vida. Ascendió lentamente, por el propio esfuerzo. Se impuso día por día, hora por hora, luchando heroicamente en el campo de batalla, realizando proezas palidamente descritas en estas páginas, cuando la saña del salvaje le obligó a ello; benigno, laborioso, reposado y previsor en la tarea oscura pero fecunda del gobierno, realizado sin contralor, en tierras desconocidas, con precarios elementos, venciendo dificultades que se antojan quiméricas. ¡tan extraordinarias son y tan insuperables parecen!

Cuando se examina la actuación de este hombre excepcional, y se analizan las múltiples cualidades que lo destacaron entre los hombres de su tiempo, la más sincera admiración domina el espíritu y todo elogio parece mezquino.

Creemos que el gobernante supera al guerrero. Nos fundamos para formular este juicio, en los ejemplos admirables que ofrecieron sin excepción los conquistadores enviados por la madre patria a este continente. El valor fue rasgo característico de todos ellos, y no se re-

gistran en la historia ni más grandes, ni más gloriosas empresas que las llevadas a cabo en el inmenso territorio comprendido entre el imperio de los Aztecas y el Río de la Plata.

Garay fue héroe asombroso, al par de los más atrevidos y temerarios; pero no es únicamente bajo este aspecto que su nombre ha llegado a nuestros tiempos.

Otros guerreros tuvieron una figuración más prominente, en razón de la escasa; éste fue valeroso y audaz, como los más valerosos y los más audaces, pero con un objetivo elevada, con una purísima ambición, con un firme y hermoso propósito cumplido en los últimos años de su azarosa vida, tan grande y tan trascendental, que, a pesar de su fin prematuro y de no constituir lo realizado sino parte de la obra que hubiera podido llevar a cabo, la aureola de la inmortalidad corona su figura con inextinguible símbolo de luz!

Desde Buenos Aires, próspera metrópoli sudamericana, segunda ciudad latina del mundo, orgullo de una nación fuerte y rica, cerebro y corazón de la patria, indestructible pedestal de la gloria de Garay, evocamos la augusta estirpe de su fundador y la ofrecemos a la admiración de los contemporáneos.

El la soñó grande y alta y comprendedora; él la concibió generosa y fuerte; él la imaginó invencible y todo ello fue en tres siglos de incessante acción durante los cuales irradió civilización y libertad.

Joaquín Luis Castillo.

De "Don Juan de Garay".

BIBLIOTECA VIRTUAL DE LA CÁTEDRA HISTORIA DE
LA EDUCACIÓN ARGENTINA

— 165 —

46.

EL ARTISTA INDIO

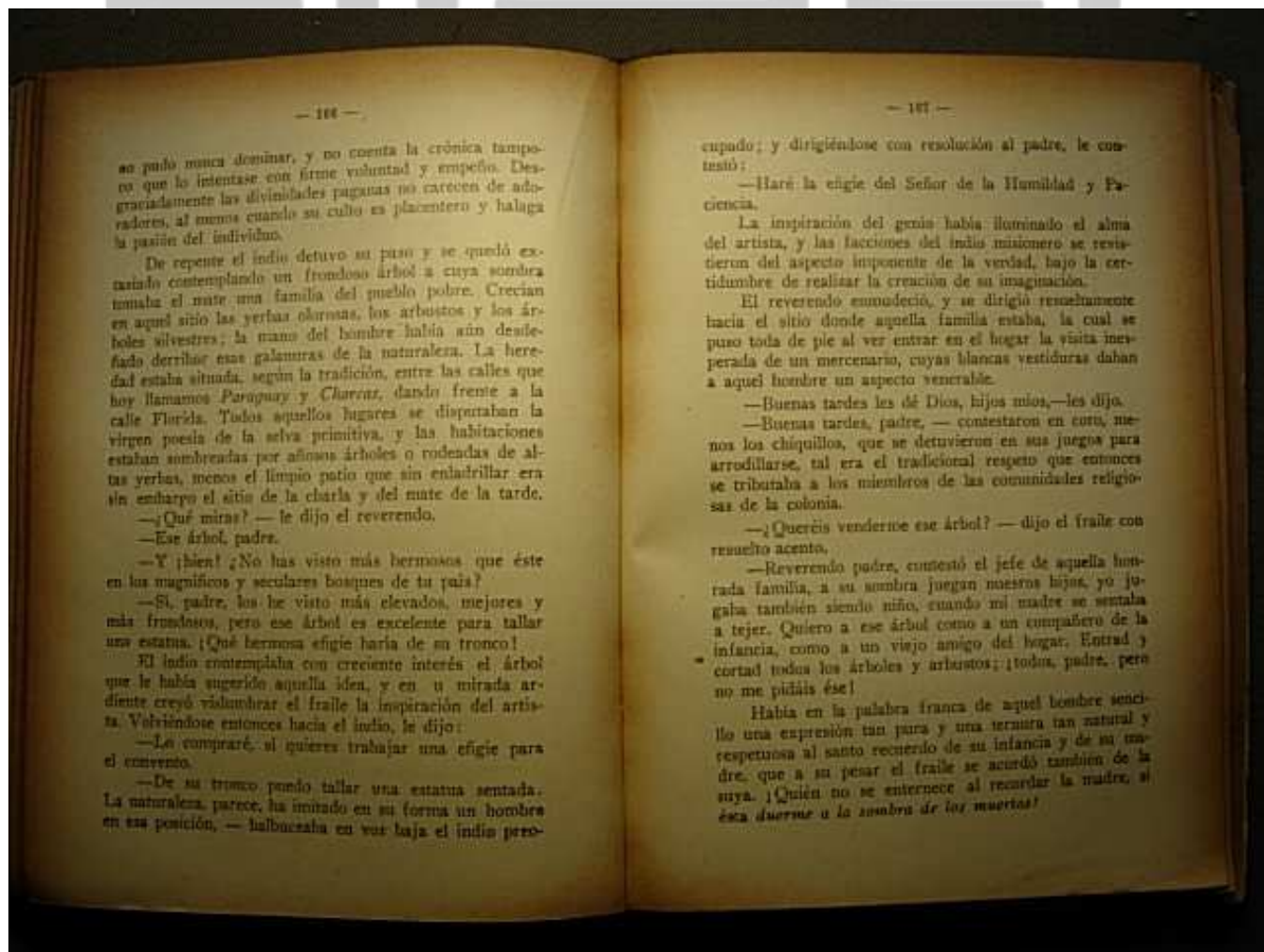
(Tradición popular)

Paseábase cierto día del año del Señor de 1780, un buen fraile del hábito de la Merced, acompañado de un indio misionero, excelente y hábil escultor, educado en las Misiones jesuíticas del Paraná. La brisa de la tarde y la apacible tranquilidad de la vida colonial daban a los moradores de la ciudad y sus alrededores un aspecto familiar y sencillo. El reverendo padre se dirigía a las quintas, que en aquella época no distaban muchas cuabras de su convento, y caminaba por la calle hoy de la *Florida* en alegre charla con el indio, cuyas chuscadas hacían reír sin embozo al bien mantenido fraile.

En aquellos buenos tiempos de holganza, se dormía la siesta patriarcal, y luego se descansaba todavía de la pereza del sueño, bebiendo el sabroso *mate* de la celebrada *yerba* del Paraguay. El fraile, que no carecía de chispa y buen humor, decía sus agudezas a las lindas muchachas que a la puerta de sus casas se divertían en mirar la soledad de las calles, llenas de polvo a la sazón. Si la lluvia no lo aplacaba, pues de cierto no era el tráfico el que lo levantaba, sino el viento juguetón o el temido huracán.

El reverendo padre y el indio continuaban su camino, no sin pensar este último en sus adoradas libaciones, pues amaba sobre todas las cosas el zumo fermentado de la uva y tributaba ferviente culto al mitológico Baco, a pesar de su origen pagano, y de ser él oriundo de las jesuíticas misiones. Era aquélla una flaqueza que

BIBLIOTECA VIRTUAL DE LA CÁTEDRA HISTORIA DE LA EDUCACIÓN ARGENTINA



— 104 —
no pudo nunca dominar, y no cuenta la crónica tampoco que lo intentase con firme voluntad y empeño. Desgraciadamente las divinidades paganas no carecen de adoradores, al menos cuando su culto es placentero y halaga la pasión del individuo.

De repente el indio detuvo su paso y se quedó extasiado contemplando un frondoso árbol a cuya sombra tomaba el mate una familia del pueblo pobre. Crecían en aquel sitio las yerbas olorosas, los arbustos y los árboles silvestres; la mano del hombre había aún desafiado derribar esas galanuras de la naturaleza. La heredad estaba situada, según la tradición, entre las calles que hoy llamamos *Paraguay* y *Charaz*, dando frente a la calle Florida. Todos aquellos lugares se disputaban la virgen poesía de la selva primitiva, y las habitaciones estaban sombreadas por añosos árboles o rodandas de altas yerbas, menos el limpio patio que sin enladrillar era sin embargo el sitio de la charla y del mate de la tarde.

—¿Qué miras? — le dijo el reverendo.

—Ese árbol, padre.

—Y ¡bien! ¿No has visto más hermosas que éste en los magníficos y seculares bosques de tu país?

—Sí, padre, los he visto más elevados, mejores y más frondosos, pero ese árbol es excelente para tallar una estatua. ¡Qué hermosa efigie haría de su tronco!

El indio contemplaba con creciente interés el árbol que le había sugerido aquella idea, y en su mirada ardiente creyó vislumbrar el fraile la inspiración del artista. Volviéndose entonces hacia el indio, le dijo:

—Lo compraré, si quieres trabajar una efigie para el convento.

—De su tronco puedo tallar una estatua sentada. La naturaleza, parece, ha imitado en su forma un hombre en esa posición, — balbuceaba en voz baja el indio pro-

cupado; y dirigiéndose con resolución al padre, le contestó:

—Haré la efigie del Señor de la Humildad y Paciencia.

La inspiración del genio había iluminado el alma del artista, y las facciones del indio misionero se revisieron del aspecto imponente de la verdad, bajo la certidumbre de realizar la creación de su imaginación.

El reverendo emudeció, y se dirigió resueltamente hacia el sitio donde aquella familia estaba, la cual se puso toda de pie al ver entrar en el hogar la visita inesperada de un mercenario, cuyas blancas vestiduras daban a aquel hombre un aspecto venerable.

—Buenas tardes les dé Dios, hijos míos,—les dijo.

—Buenas tardes, padre, — contestaron en coro, menos los chiquillos, que se detuvieron en sus juegos para arrodillarse, tal era el tradicional respeto que entonces se tributaba a los miembros de las comunidades religiosas de la colonia.

—¿Queréis venderme ese árbol? — dijo el fraile con resuelto acento.

—Reverendo padre, contestó el jefe de aquella honrada familia, a su sombra juegan nuestros hijos, yo jugaba también siendo niño, cuando mi madre se sentaba a tejer. Quiero a ese árbol como a un compañero de la infancia, como a un viejo amigo del hogar. Entrad y cortad todos los árboles y arbustos; ¡todas, padre, pero no me pidáis ése!

Haba en la palabra franca de aquel hombre sencillo una expresión tan pura y una ternura tan natural y respetuosa al santo recuerdo de su infancia y de su madre, que a su pesar el fraile se acordó también de la suya. ¡Quién no se enternece al recordar la madre, si ésta duerme a la sombra de los muertos!

BIBLIOTECA VIRTUAL DE LA CÁTEDRA HISTORIA DE LA EDUCACIÓN ARGENTINA

— 148 —

Hay seres, empero, que no los conmueve ni el amor de madre, y son aquellos cuyo corazón ha helado la avaricia. ¡Malvados! ¡Vivirán acumulando oro sin quedar nunca hartos, pero la felicidad huirá de su hogar espantada por su egoísmo y aterrada por su impiedad!

¡El dedo de Dios marmarales la frente a los réprobos! El reverendo sacerdote sentóse sin ceremonia en medio de aquella familia modesta, pero honrada, aspirando con avidez el suave aroma de las flores y gozando del espectáculo de la tranquilidad, de la dicha, si en el mundo es posible encontrarla. El padre, la madre, los hijos, estaban allí reunidos bajo el árbol secular del hogar; en sus semblantes se pintaba la bondad de sus corazones, y en sus miradas se veía la limpia pureza de sus sentimientos.

¡Beneditus sean los que inspiran a sus hijos la virtud por medio del ejemplo!

El mercenario explicó entonces que deseaba comprar ese árbol para que de su tronco hiciese el tallista misionero José, una efigie para su convento. Cuando supieron el propósito, se prestaron deferentes a que el hacha derrubase a aquel conqultero de la familia que iba a transformarse en la imagen de la paciencia y de la humildad, bajo la figura del Cristo resignado a la maldad de los hombres y a la injusticia de su tiempo.

Al día siguiente, el árbol fué despojado de sus ramas frondosas, y luego el tronco se inclinó por el golpe del hacha, que lo derribó al fin. El indio José dirigía el trabajo, y eligió el trozo del cual iba a tallar la efigie que había concebido en el paseo de aquella tarde.

Dominado por la inspiración, olvidóse de las libaciones y trabajó con empeño, con entusiasmo y con amor, en dar a aquella madera las formas y la expresión humanizada de la resignación y la humildad. Concebido su

— 149 —

plan con acierto y verdad, los instrumentos del hábil tallista iban mostrando a los ojos benévulos del reverendo padre, la realización de su promesa y de su idea. Al fin de un trabajo asiduo, vió toda la comunidad la obra del indio terminada. Era en realidad una obra de mérito artístico, una preciosa adquisición para el convento.

VICENTE J. QUEVEDA.

De "*La Revista de Buenos Aires*".

47.

A LA PATRIA

Invocación

Ayer el sacrificio; hoy el trabajo; mañana la gloria. Tus héroes abrieron el surco; sus hijos fecundan la simiente; las generaciones del porvenir cosecharán la mies. Todo por tu grandera: los corazones que te aman; los brazos que te defienden; los cerebros que te iluminan; las palabras que te bendicen; la ancianidad que te honra; la juventud que te venera; la niñez que te canta.

¡Inspíranos, oh madre, la abnegación que guardas en las tumbas de tus mártires; destila en nuestras almas las virtudes de tus patricios; enciende en nuestras mentes la antorcha de tu genio, para que nuestra jornada en la tierra sea por la paz, por la justicia, por la libertad, por el Evangelio de tu fe republicana! ¡Oh patria inmortal de los argentinos!

LEOPOLDO HERRERA.